

# **EL OLVIDO DE TODOS**

**Francisco Javier Olivas**

# **EL OLVIDO DE TODOS**

  
**ESDR JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, enero 2024

© Francisco Javier Olivas, 2024

© Esdrújula Ediciones, 2024

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Ilustración de portada: Daniel Cabrera, @eldibujo

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 194-2024

ISBN: 978-84-127978-8-6

Impreso en España · Printed in Spain

A las víctimas del franquismo.

A mi madre, a mi padre.

A mi abuela Ana, a mi abuelo Enrique,  
por ser mis otros padres.

Una parte de vuestra memoria está  
resguardada en esta novela.

*Ante la realidad social, el poeta debe apasionarse. No puede permanecer impasible de ninguna manera. ¿Cómo se pretende que el poeta pueda cerrar los ojos ante los hombres que sufren, ante la tragedia espantosa del hombre oprimido? El poeta debe sentirlo y comprenderlo y ayudar en la medida de sus posibilidades en la conquista de un mundo más justo y más humano.*

FEDERICO GARCÍA LORCA, 1935

I

*Albúcar, julio de 1947*

Hambre, frío, miedo. Las tres palabras más pronunciadas por los albiqueros durante la última década. Aunque, hace unas semanas, el sol comenzó a abrasar el olivar, las huertas y los pinos de la montaña y, gracias a ello, los habitantes del pequeño municipio han conseguido pausar las quejas por las bajas temperaturas. Desde entonces, solo se lamentan por vivir en un continuo sobresalto y de no tener qué llevarse a la boca. El estío trajo consigo, además del olvido de las tiriteras nocturnas, la esperanza de muchos de ellos de poder trabajar como jornaleros recogiendo fruta en las tierras de don Antonio Jiménez, dueño de los fértiles campos que rodean el pueblo.

Albúcar, entre sierra y vega granadina, amanece convaleciente, se recupera de una guerra que no terminó en el treinta y nueve, y lo hace cubierto de cicatrices, como un vientre suturado en repetidas ocasiones por un cirujano sádico y desquiciado que traza los puntos en la carne sin anestesia hasta cruzarlos entre ellos, de norte a sur y de este a oeste, dejando la piel amoratada en algunas calles y de un tono macilento, un amarillo que recuerda a la muerte, en otras.

El sereno golpea cada puerta por la que pasa con un bastón y, de vez en cuando, hace sonar un silbato que lleva colgado al cuello. Informa a los vecinos de la obligación de salir a las calles de forma ordenada para dirigirse a la plaza, en la que están el ayuntamiento y la iglesia. «Cuando lo hagáis, podréis volver a vuestro hogar para retomar los quehaceres diarios, órdenes de las autoridades de Albícar», explica antes de bajar por un callejón para repetir el anuncio y aporrear más puertas. No quedará ningún vecino sin tener noticia de que hoy, una vez más, se celebra una mañana de escarnio público que persigue el objetivo de amedrentar, de inyectar una dosis de pánico líquido en las venas a modo de toxina paralizante.

El zapatero mira a su mujer. Los dos guardan silencio acostados en la cama, tapados con una sábana raída y vigilados desde la pared que hay encima del cabecero por una cruz de madera. A pesar de que sus labios no se mueven, los dos se preguntan lo mismo: «¿A quién le habrá tocado esta vez? ¿Cuándo van a dejar de castigarnos con tan macabro espectáculo?».

Se levantan para vestirse. En la habitación no hay armario, un baúl a los pies del camastro contiene la escasa ropa de ambos. A la derecha, la de él; a la izquierda, la de ella. Se turnan para lavarse las manos y la cara con el agua traída del río y guardada en una zafa que hay sobre una silla de anea. Se peinan, se calzan y vuelven a mirarse. No se atreven a hablar. «¿Quién será?», se preguntan. Son tan pocos en el pueblo y se conocen tan bien que resulta imposible pedir que no sea alguien próximo. Aunque, a decir verdad, ha llegado un momento en el que lo único que quieren es que no se trate de un familiar.

Salen a la calle y el ambiente les recuerda los minutos previos al inicio de una procesión, cuando las mujeres, de luto y con mantilla, y los hombres, con sus mejores ropas,

caminan como obedientes hormigas en dirección a la iglesia. El zapatero y su mujer buscan el sol en el horizonte y comprueban que el astro ya tiene fuerza suficiente como para mostrar a los vecinos la barbarie, que no habrá sombras que se apiaden de ellos y los libren de empaparse de los lacerantes detalles. La claridad de la mañana los abofeteará en un inmerecido castigo, como el de un padre borracho que pega al hijo que duerme.

—Cuando estemos cerca, dame la mano. Cerraré los ojos al pasar por delante —dice ella, que siempre camina detrás de él. No a mucha distancia, solo la justa para mostrar a las gentes que respeta a su marido y que le brinda la posición que merece como hombre.

El zapatero asiente con la cabeza y piensa que a él también le gustaría poder agarrarse de la mano de alguien que marche delante para así cerrar los ojos y no ver, porque el hecho de que sea varón no mengua el desgarro que produce la contemplación de la atrocidad a escasos centímetros, pero, claro, si los dos lo hacen, si los dos se niegan a ser testigos del abuso, corren el riesgo de tropezar y de señalarse en el pueblo. Nadie querría señalarse en un lugar como Albícar.

Cuando doblan la esquina y alcanzan la plaza de la iglesia, comprueban que el resto de los dóciles insectos en los que se han convertido los albiqueros llegan desde diferentes puntos. Reconocen al boticario, que vive en la parte alta del pueblo; también a la familia de los carboneros y al espartero y su mujer, que vienen de la zona del río, en la parte baja. Hay varios ancianos y también algunos niños encaminándose al pozo de crueldad en el que se ha convertido el centro de la villa. Solo los más pequeños, que podrían ponerse a llorar o a chillar, se libran de la exposición y tienen permiso para quedarse dentro

de las casas. Hacia el centro de la plaza se ha formado una fila ordenada a la que se incorpora el zapatero y su esposa; pocos pasos los separan de la masa informe ante la que se detiene cada uno de los vecinos. Y lo hacen durante el brevísimo tiempo requerido para reconocer de quién se trata, a su vez suficiente para que la imagen los persiga durante algunos días, numerosas noches, quizá semanas, o el tiempo que tarden las autoridades en repetir el ominoso ritual. Entonces cambiarán la imagen previa por la más reciente, como cromos que se intercambian por capricho, ya que resulta insoportable mantener dos recuerdos de la misma condición atosigando el sueño nocturno.

La esposa del zapatero busca la mano del marido, la aprieta con fuerza y cierra los ojos. La fila avanza y ella mantiene la cabeza gacha, de modo que solo ve unos pies descalzos y un pantalón marrón que en la entrepierna luce la mancha que deja el orín seco. Hay restos de sangre coagulada y suciedad en torno a la cintura, quizá resultado de haberlo arrastrado allí desde el cuartel. María la del zapatero, como la llaman en Albícar, cierra los ojos y provoca una noche trucada al llegar al cinturón de cuero marrón, y como si de una carrera de relevo de testigos se tratara, es el marido el que sigue elevando la cabeza para encontrarse un torso desnudo, salpicado de hematomas, con protuberancias aquí y allá, que no son más que las costillas rotas por las patadas, empujando la carne desde dentro, como si pretendieran salir del costal de muerte que las mantiene prisioneras. El hombro izquierdo está cubierto de sangre, también el cuello en ese lado del cuerpo. La cara, irreconocible por los garrotazos y los golpes. La carne, hinchada, rajada; los ojos, escondidos en algún lugar muy profundo y negro,

tan negro como los días que viven los vecinos del pueblo. Las moscas más madrugadoras se pasean por los labios, rotos en varios puntos, y, como si disfrutaran yendo de una herida a otra, vuelan hasta la frente y después al agujero ensangrentado donde no hace mucho hubo una oreja. La oreja ausente. El zapatero busca una herida de bala y no la encuentra. Lo han dejado desangrarse, esa ha sido su muerte. «Apaleado, mutilado y desangrado», concluye.

Vista la aberración y, tras cumplir con el deber, se da la vuelta y retoma el camino a casa y nota como su mujer, que vuelve a mirar el suelo que pisa, no lo suelta, incluso le aprieta más la mano en un gesto cómplice, pide en silencio que no le cuente lo que ha visto, que no le explique a quién han asesinado. El zapatero la mira, asiente y responde con los párpados que se entornan que no lo ha reconocido, que no sabe quién es el caído en desgracia de tan machacado que lo han dejado. Entonces, se imagina un par de zapatos blancos para el muerto y se los coloca en los pies. También se pregunta dónde estarán los que tuvo puestos durante la tortura o si, por el contrario, se los quitaron antes de comenzar a pegarle. «Hasta dónde va a llegar el mundo, que no es capaz ni de calzar a los muertos para que descansen en paz y puedan recorrer los caminos del más allá como merecen», se pregunta.

Los zapatos del muerto, al tanto de las elucubraciones del zapatero, responden desde la distancia, a escasos metros, desde el calabozo del cuartel de la Guardia Civil de Albícar, donde nadie puede escucharlos, y le cuentan que estuvieron donde debían estar hasta el momento de la muerte y que ahora han quedado abandonados en un frío rincón, lamentando la suerte del malogrado dueño. Además, recuerdan, con una tristeza de plomo,

las últimas horas que pasaron con el que fue el último propietario que tuvieron, en una madrugada en la que la luz de la mañana nunca llegó a calentarlos:

—¡Abre ahora mismo, Emilio! —grita alguien mientras aporrea con insistencia la puerta de la casa del muerto que ahora está vivo.

El muerto sabía que algo así podía pasar en cualquier momento, así que corre hacia la parte trasera para saltar por el corral, pero se encuentra con que uno de los guardias civiles ha sido más rápido y, tras apoyar una escalera de madera contra el muro, ha escalado y ahora le apunta a la cara con el naranjero.

—¡Alto! ¡Si te mueves, te vuelo la tapa de los sesos, hijo de puta!

Otros dos guardias, un municipal y dos hombres del pueblo han conseguido echar abajo la puerta y se abalanzan sobre él poco después. Lo derriban, buscan un arma escondida entre sus ropas, no la encuentran. Le dan patadas en la cabeza y en los costados mientras le llueven saliva e insultos.

Una vez detenido, inmovilizado y maniatado con una cuerda que le deja las manos sin circulación, los civiles registran la casa, consiguen algunos papeles que podrían servir para justificar lo que harán después y ordenan a los ayudantes que arrastren al traidor de la patria hasta el cuartel. Allí, en el calabozo, con más calma, prosigue la paliza hasta que el rebelde pierde el conocimiento. Cuando lo recupera, uno de los dos hombres que habían ayudado en la captura se ha marchado, también el municipal, por lo que quedan dos guardias y un tercer tipo sin uniforme, un animal colérico que cuenta con el permiso de los agentes para hacer lo que quiera con el arrestado. Uno de los guardias vigila a poca distancia, pistola en mano.

El otro está dentro de la celda, de pie, junto al apresado, al que han atado a una silla en cuatro puntos: por los pies, por las manos, por la cintura y por los hombros. No puede moverse, sabe que va a morir y, a pesar de todo, sonrío.

—Parece que no has tenido todavía suficiente —dice el civil, que mira al esbirro para que dé rienda suelta a la máquina de odio en la que se ha convertido.

—¡Cerdo comunista! —grita mientras lanza el puño contra la boca del cautivo.

—¡Ah! —se queja tras el impacto.

—Para, hombre, no le revientes los hocicos, tiene que contarnos algunas cosas antes de que lo dejes sin dientes —dice el civil, de piel morena y una edad próxima a la del reo, que no debe de llegar a los cuarenta.

—Le daré un descanso a este hijo de puta —explica el primero, acercándose a una jarra de barro que hay en el suelo de la celda.

—Límpiate esa mano, no vaya a ser que este bicho te contagie alguna enfermedad —comenta el de piel morena, sin ocultar la repugnancia que le causa la mera presencia del convicto.

El matón coge una toalla negra que alguien ha colocado entre los barrotes, se lava los arañazos de los nudillos con el agua de la jarra, deja que caiga al suelo y, después, los seca con cuidado. Devuelve la toalla al sitio en el que la encontró y se aproxima a la víctima. El guardia civil se saca un par de hojas plegadas del bolsillo y comienza el interrogatorio. Amanecerá dentro de unas horas en la calle, no así en el calabozo, de noche sempiterna.

—Emilio Sánchez Puerto, soldado del ejército derrotado; antes de eso, militante comunista, sindicalista y alborotador

de campesinos para arrastrarlos a huelgas y paros. También teníamos sospechas de que eras uno de los forajidos del grupo de Cencerro que iba y venía de la sierra de vez en cuando. Eres un tipo listo, pero no lo suficiente —dice el civil, cabo del cuartel, que saca un cigarro, lo enciende y le da una profunda calada.

Emilio no responde. Tiene la cara hinchada y la boca llena de sangre, nota varios dientes sueltos moviéndose bajo la lengua y, a pesar de todo, puede reconocerse en él un intento de componer una sonrisa. El secuaz se lanza de nuevo sobre él, pero el cabo lo detiene interponiendo un brazo.

—Tranquilito, no he acabado. ¿Sabes que cayó tu camarada Cencerro? También Crispín. Hubo que volar por los aires dos casas en Valdepeñas de Jaén, pero al final salieron con los pies por delante. Seguro que te cagaste en los pantalones y los traicionaste buscando cualquier excusa. Te voy a dar algunos nombres y me dirás dónde están, ¿entendido?

—Sí —contesta, y el cabo frunce el ceño porque no espera la colaboración de Emilio e intuye la burla.

—Miguel López, el Canario, ¿dónde está? Venga, Emilio, pórtate bien; si no, este —dice señalando al conchabado— te va a dejar de muy mala manera.

—Vamos a pasar una buena madrugada juntos, no se te va a olvidar, rojo de mierda —responde el aludido.

—Parece que tienes más de un enemigo en Albícar. Esta noche, cuando salimos del cuartel para la ronda nocturna, alguien había dejado una nota en los escalones de la entrada —explica el cabo, que muestra una cuartilla que Emilio no tiene ocasión de leer por la rapidez con la que la retira—. Dice así: «Por el bien de España, me veo en la obligación de denunciar a Emilio Sánchez. Es un rebelde en activo que atenta contra el orden establecido por el Glorioso Movimiento Nacional y vive

en Albícar en la calle... », bueno, el resto lo conoces. Hemos ido a tu casa para buscarte. —El cabo dobla y guarda con calma el papel que él mismo ha escrito cuando Emilio estaba inconsciente. Tras el chivatazo, no quiso arriesgarse a que el sospechoso tuviera la menor oportunidad de escapar, por lo que ordenó su inmediata captura. Después, hizo una serie de llamadas, de comprobaciones furiosas, mientras el caído en desgracia volvía en sí, y supo que había acertado al precipitarse en el modo de actuar. La hoja garabateada no es más que una burda mentira con la que ahora pretende que la lengua de Emilio se muestre como una culebra de secano domesticada. Da una nueva calada al cigarro y se mantiene a la espera de una respuesta.

—¿No vas a soltar prenda? —pregunta el agente, que coloca la cara a escasos centímetros de la del detenido y, justo antes de alejarse, le escupe en los ojos.

—Habrá que apretarle las tuercas un poco más —dice el acompañante antes de propinarle una patada en el pecho.

Emilio recibe tal impacto que la silla y él, ahora unidos por la fuerza, forman un bloque que se desploma como un árbol talado. Su cabeza rebota contra el suelo y reprime el llanto, no quiere regalarles el placer de oírlo gemir de dolor.

—Dame los nombres de los enlaces. ¿Quién te ha estado ayudando todo este tiempo? —interroga el cabo, sin perder la tranquilidad, mientras el otro lo levanta con esfuerzo.

Los dos hombres lo miran, pero Emilio está ausente, quizá ya sabe que no saldrá con vida de la celda, que ni tan siquiera habrá juicio porque no será necesario y que ningún superior hará demasiadas preguntas cuando tengan que aclarar por qué lo mataron. Abre la boca y piensa bien lo que va a decir, la vuelve a cerrar y, al final, lo hace. Sabe que son sus últimas

palabras y se alegra de que sean las que tengan el honor de despedirlo de la vida:

—«La noche se puso íntima / como una pequeña plaza. / Guardias civiles borrachos / en la puerta golpeaban»<sup>1</sup> —declama Emilio, con dificultad para pronunciar.

—¿Será hijo de puta? Recitando poemitas... —dice con desprecio el verdugo, que vuelve a propinarle un puñetazo en la cabeza.

—Córtale una oreja a este toro bravo, así se volverá manso —sugiere el guardia civil, que lanza la colilla a la cara de Emilio y se dispone a marcharse. Ha dado la espalda a víctima y carnicero, pero se detiene un instante, después se da la vuelta y da una última indicación antes de abandonar la celda—: Empapa bien la toalla —dice tras mirar la jarra de barro del suelo— y que le dé un par de vueltas en la cara. Cuando deje de patalear, sácalo a la plaza para que lo vea la panda de rojos bastardos que hay en este pueblo.

---

<sup>1</sup> Versos del *Romance sonámbulo*, de Federico García Lorca.